

LA FUNCIÓN MATERNAL DE LA MUJER EN LA CONTROVERSIA ACTUAL

Autor: P. Jaime Fernández Montero

Materias:

identidad femenina

mujer

feminidad

feminismo

género

maternidad

madre

Categoría:

Mujer

“«He adquirido un varón con el favor de Yahveh» (Gén 4,1). La exclamación de Eva, «madre de todos los vivientes», se repite cada vez que viene al mundo una nueva criatura y expresa el gozo y la convicción de la mujer de participar en el gran misterio del eterno engendrar.” Mulieris Dignitatem n. 18

Los documentos preparatorios a la Conferencia Internacional sobre la Mujer en Beijing mostraron un vacío peligroso en torno al tema de la mujer como madre. Pareciera que esta función primordial de la mujer simplemente se ignorará. Esta ausencia no fue casual. Detrás de esto hay toda una filosofía que se va mostrando cada vez más agresiva y peligrosa. Con certeza con esta postura se toca las fibras más sensibles de todo el proceso cultural y social de nuestro tiempo. Quisiéramos ofrecer algunos elementos básicos de la visión de la Iglesia al respecto.

Aquí nos referimos a ese cúmulo de actitudes y actividades que fluyen del ser maternal de la mujer y no sólo al hecho de la maternidad biológica. Toda mujer es madre, aunque no haya engendrado hijos. Ya decíamos que por su naturaleza está orientada a la donación personal, al cuidado de la vida y de las personas. Son esas cualidades las que la constituyen en madre en un sentido amplio.

El modo peculiar de engendrar vida

La mujer tiene como función específica acoger y enriquecer todas las formas de la vida que se dan en la naturaleza. Toda su persona se proyecta en función de la vida. Su naturaleza misma responde a esta tarea, ya que interiormente vibra por cobijar, dar a luz y servir abnegadamente la vida. Una mujer que no se preocupa de la vida, y no busca servirla, es infiel a su tarea específica y no se sentirá realizada. Juan Pablo II dice que “en el concebir y dar a luz el hijo, la mujer «se realiza en plenitud por el don sincero de sí»” (MD n. 18). También el hombre engendra vida. Sin embargo, lo hace de una manera diferente. “El humano engendrar es común al hombre y a la mujer... Sin embargo, aunque los dos sean padres de su niño, la maternidad de la mujer constituye una «parte» especial de este ser padres en común, así como la parte más cualificada.” (MD n. 18) Veamos cuál es la originalidad en esta misión propia de la mujer.

Tres momentos simbólicos.

Hay tres momentos biológicos que traducen y expresan en forma simbólica las actitudes del alma femenina:

a) El primer momento está marcado por la *apertura para acoger*, para recibir al tú, para guardar en su interior lo recibido. Ese es el sentido físico de los órganos primarios de su sexualidad. “El don recíproco de la persona en el matrimonio se abre hacia el don de una nueva vida, es decir, de un nuevo hombre, que es también persona a semejanza de sus padres. La maternidad, ya desde el comienzo mismo, implica una apertura especial hacia la nueva persona; y éste es precisamente el «papel» de la mujer.” (MD n. 18).

b) El segundo momento muestra cómo ella *se apropia de lo que ha recibido*, esto es, lo hace suyo, lo interioriza. La mujer hace suyo el germen de vida que se le entrega. Se entrega recibiendo, acogiendo y haciendo suya la vida que se le ofrece. Forma una sola unidad con la semilla de vida en su interior.

c) El tercer momento muestra cómo ella *devuelve enriquecido lo que ha recibido* y asimilado. Ella lo enriquece con su propia vida, con su propia substancia y lo regala en la forma fecunda del hijo.

Coherencia entre cuerpo y espíritu

El cuerpo femenino hace visible lo que sucede en su alma como expresión de su esencia: una donación, que al mismo tiempo es acogimiento. “El análisis científico confirma plenamente que la misma constitución física de la mujer y su organismo tienen una disposición natural para la maternidad. La maternidad está unida a la estructura personal del ser mujer y a la dimensión personal del don.” (MD n. 18). En ella hay un anhelo natural de dar y de recibir o de darse acogiendo, precisamente porque ella es por esencia «obsequiosidad receptiva». Gertrudis von Le Fort utiliza esa misma expresión para definir el alma femenina y Scheeben la usa al hablar del Espíritu Santo, que recibe del Padre y del Hijo y a la vez se regala a ambos.

La expresión más sublime de la maternidad vista a esa profundidad, la tenemos en la maternidad divina de María. En ella la apertura a la maternidad está íntimamente unida al «don sincero de sí misma». Al respecto comenta Juan Pablo II: “Las palabras de María en la Anunciación «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38) significan la disponibilidad de la mujer al don de sí, y a la aceptación de la nueva vida.” (MD n. 18).

La mujer, servidora de la vida

La mujer mantiene una comunión especial con la vida que ha engendrado y conserva en su interior. Esta es la primera y más importante tarea en su servicio a la vida humana. En ella se realiza el don más preciado que puede recibir cada persona humana en la tierra: ser aceptado y amado como persona. “La maternidad conlleva una comunión especial con el misterio de la vida que madura en el seno de la mujer. La mujer admira ese misterio y con intuición singular «comprende» lo que lleva en su interior. A la luz del «principio» la madre acepta y ama al hijo que lleva en su seno como una persona.” (MD n. 18).

Valoración social de la maternidad

La maternidad femenina representa su tarea más sublime e importante. Consume toda su energía. Por esa razón, la sociedad no solamente debe valorar la participación singular de la mujer en la gestación de la persona humana, sino que a la vez, debe protegerla para que no sea interferida por otras tareas secundarias. El Papa dice que “absorbe literalmente las energías de su cuerpo y de su alma. Por consiguiente, es necesario que el hombre sea plenamente consciente de que en este ser padres en común, él contrae una deuda especial con la mujer.” (MD n. 18).

Maternalidad universal

La maternidad le da a la mujer una apertura a todo ser humano, más allá de sus propios hijos. Juan Pablo II dice que el “contacto con el nuevo hombre que se está formando crea a su vez una actitud hacia el hombre -no sólo hacia el propio hijo, sino hacia el hombre en general- que caracteriza profundamente toda la personalidad de la mujer.” (Idem).

El servicio desinteresado a toda forma de vida

La maternidad femenina *se expresa en el servicio desinteresado a todas las formas de vida* con que la mujer se encuentra. La impulsa a asumir actitudes tan simples como regar las plantas para que no se sequen o a cuidar un enfermo o a realizar las múltiples tareas domésticas al servicio de los suyos. La mujer posee en su intimidad una poderosa fuerza de amor creador, que puja por regalarse a los seres que le rodean, tal como lo haría con aquel ser que emerge de sus entrañas con el cual se siente indisolublemente ligada. En mayor o menor medida experimenta ese compromiso con todas las formas de vida, con todos los seres vivos, especialmente con los seres humanos.

Maternidad y maduración de la personalidad

El amor maternal que va cuajando en sus entrañas, en la medida que va madurando como mujer, se va haciendo a un tiempo sabiduría, capacidad de sacrificio, apertura al sufrimiento, abnegación heroica. Va plasmando en ella un corazón receptivo, dispuesto siempre a acoger y cobijar; la va impulsando a obsequiarse enteramente, desviviéndose por los suyos. Su corazón es la expresión del cobijamiento primario y original, de esa respuesta divina a la soledad del varón, «no es bueno que el hombre esté solo». Ella nace a la vida, de manos del Creador como albergue para el hijo y para el esposo, más aún, como albergue para la humanidad.

La mujer como educadora de la humanidad

Esta dimensión de servicio a la vida tan propio de la mujer la constituye en la «educadora» por excelencia. Es el paso del cuidado de la vida biológica al cuidado de la persona. Ella se siente llamada a ayudar a crecer no sólo corporalmente sino en todos los planos de la vida humana. Por eso se hace educadora. Es la madre que enseña a comer, a caminar, a hablar y va poco a poco ayudando a desarrollar el corazón, va enseñando formas de vida y actitudes humanas. Esto trasciende el ámbito de cada vida en particular y se proyecta en el ámbito de la sociedad y de la cultura.